

# Comunicación política contemporánea: nuevos problemas, viejos enemigos

Manuel Bermúdez Vázquez

*Doctor en Filosofía, Universidad de Córdoba España. Profesor titular e investigador, Universidad de Córdoba España. Investigador Invitado Universidad de Buenos Aires, Universidad de Massachusetts y Universidad de Milán. Correo electrónico: manuel.bermudez@uco.es*

## Resumen

La sociedad contemporánea ha sufrido una evolución peculiar en los últimos años que la han hecho más frágil y vulnerable frente a una serie de amenazas que se ciernen sobre el horizonte de las democracias. Estas amenazas tienen la forma de una serie de conceptos, ninguno de los cuales es nuevo, pero que se presentan con particular virulencia en nuestro tiempo. Son las siguientes: el populismo, la demagogia, la posverdad, las noticias falsas y la carencia de elementos de pensamiento crítico en el sistema educativo. De todas ellas nos ocupamos en las presentes líneas con objeto de ofrecer un análisis riguroso, muy apegado a los datos y con afán de claridad y sistematicidad.

Palabras clave: Filosofía, pensamiento crítico, comunicación política, posverdad, noticias falsas.

## Abstract

*Contemporary societies have undergone a peculiar evolution in recent times. This evolution has made our societies more fragile and vulnerable to a series of threats that loom on the horizon of democracies. These threats take the form of a series of concepts, none of which is new, but that present themselves with particular virulence in our time. They are: populism, demagoguery, post-truth, fake news and the lack of critical thinking in the educational system. We deal with all of them in these pages in order to offer a rigorous analysis, very close to the data and with a desire for clarity and systematicity.*

*Keywords: Philosophy, critical thinking, political communication, post-truth, fake news.*



## 1. Introducción

Las sociedades contemporáneas afrontan una serie de desafíos que parecen coordinarse para poner en serio peligro el funcionamiento de las democracias. Ya sea un contubernio hecho a propósito, ya sea fruto de la casualidad, la cuestión es que las democracias de medio mundo se enfrentan a una serie de mecanismos perversos que van minando los mimbres básicos sobre los que se construyen la convivencia, la tolerancia y la libertad de elección política. Estas amenazas se pueden nombrar directamente, y, de su análisis crítico, nos vamos a ocupar en las siguientes páginas; ellas son: la demagogia y el populismo, la posverdad, el auge de las noticias falsas y la carencia de herramientas de pensamiento crítico.

El riesgo es más que evidente. Como anunciamos con la cita de Albert Camus que abre este artículo, quizá la primera operación mental, la más necesaria, deba ser el poder distinguir lo verdadero de lo falso. Si vivimos en un mundo en el que la diferencia entre verdad y mentira se va desdibujando y conceptos como *veracidad* son entendidos cada vez más en términos vagos, los problemas no harán sino agudizarse. Desde el punto de vista de la filosofía política, un ciudadano medio, en una democracia, debe poder informarse adecuadamente acerca de las distintas posturas y aproximaciones políticas que existan. De este modo, llegado el momento de votar, de elegir una alternativa política, el ciudadano debe poder valorar las distintas opciones y escoger una de entre ellas. Sus motivaciones pueden ser de todo tipo: ideológicas, económicas, de intereses particulares, etc. Pero, sean estas las que sean, el ciudadano debe poder hacerlo accediendo a una información cierta y veraz que no le conduzca a engaño. Podemos afirmar sin temor a parecer exagerados que esta situación ideal está lejos de producirse. Al contrario, intentos de manipulación de todo tipo, de engaño, de difusión de falsedades son cada vez más frecuentes en la comunicación, en general, y en la comunicación política, en particular.

Sin embargo, la distinción entre verdad y mentira no siempre ha tenido la importancia que pueda tener hoy en día. Este proceso de diferenciación fue fruto de una larga evolución. Por ejemplo, el propio Albert Camus dejó claro en su texto que, aunque la distinción de lo verdadero de lo falso es primordial, nunca había visto, a lo largo de la historia, a nadie morir por cuestiones como el argumento ontológico de San Anselmo. Como muestra, Camus ponía el caso de Galileo Galilei. Este, que había alcanzado una confirmación científico-matemática que le permitía poseer una verdad apabullante, no titubeó a la hora de abjurar de ella cuando su vida corría serio peligro ante el tribunal del Santo Oficio (Camus, 2018, pp. 17-18; Mínguez, 2010).

Un caso similar pudo ocurrir con el libro de Heródoto *Los nueve libros de historia*. En esta obra, no hay afán de veracidad por ninguna parte; las exageraciones, los análisis

sesgados, incluso los prejuicios están presentes en todas sus páginas, y ello no produjo que el valor de la obra fuera menospreciado. Los antiguos griegos consideraban que Heródoto era el padre de las mentiras y, no obstante, siguieron leyendo su obra con fruición. Para los persas, las páginas de *Los nueve libros de historia*, que narraban justamente las guerras médicas que enfrentaron a griegos y persas, no eran más que un ejercicio exagerado destinado a un público dispuesto a suspender la incredulidad (Kingsley, 2014, pp. 32-34; Vidal, 2003, pp. 11-23). Tanto para los griegos como para los persas, era obvio que, detrás de la obra de Heródoto, solo había un relato mistificado de la guerra con el único objetivo de lograr el solaz de los lectores griegos. Nadie pareció sentirse indignado por el libro de Heródoto, y menos que nadie los persas, los grandes perjudicados en las descripciones exageradas del griego (Bermúdez Vázquez, 2021a, p. 55).

La humanidad requerirá, pues, de un largo proceso histórico de evolución para poder establecer esa distinción moral que separa lo verdadero de lo falso. Curiosamente, tras esa larga evolución, da la impresión de que nos ha tocado vivir un tiempo en el que esa línea que separa lo uno de lo otro de nuevo parece desdibujarse, como si ya no tuviera importancia. Parece como si, en los últimos años, se estuviera produciendo una involución, sobre todo desde el punto de vista social, porque la sociedad no parece penalizar demasiado el uso indiscriminado de todo tipo de estrategias destinadas a ocultar o manipular la realidad.

## 2. Análisis crítico

Las amenazas de las que hemos hablado en las primeras líneas del presente artículo podrían no resultar demasiado peligrosas si vinieran por separado. Así, se podrían neutralizar una a una, pero, cuando se dan todas a la vez, resulta mucho más complejo. Además, corremos el riesgo de pensar que los problemas de los que vamos a hacer mención seguidamente son menos importantes de lo que aquí sugerimos. Nada más lejos de la realidad: ya hay constatación empírica, por ejemplo, de que la desinformación, o sea, el uso de noticias falsas, y la posverdad han sido responsables directas de un aumento de las víctimas durante la pandemia de COVID-19 (Palomo, 2021, pp. 50-53). Por eso, entre otras cosas, no podemos correr el riesgo de minusvalorar la dimensión de las diversas amenazas que se ciernen sobre el horizonte.

### 2.1. Populismo, demagogía y posverdad

En el año 2016, el prestigioso *diccionario de Oxford* declaró que la palabra del año en inglés era *post-truth*, adjetivo que en español se ha transformado en el sustantivo *posverdad*, recientemente aceptado en el *Diccionario de la Real Academia* (RAE, 2021). Por *posverdad* entendemos el mecanismo por el cual una persona cualquiera está dispuesta a creer que algo es verdad porque encaja con sus prejuicios y expectativas

antes que con la realidad (Bermúdez Vázquez y Casares Landauro, 2019; Bermúdez Vázquez, 2019; Bermúdez Vázquez, 2021a; Bermúdez Vázquez, 2021b). Dicho con otras palabras, un individuo cualquiera está dispuesto a creer lo que le apetezca creer, independientemente de las evidencias empíricas, los datos o las fuentes que se empleen. Una de las frases que ilustran este concepto es la que reza así: «Yo siento que es verdad», que, aunque parezca proceder del ámbito poético, es una frase que se emplea cada vez con mayor frecuencia.

Ejemplos ya clásicos, a pesar de lo recientes que son, del funcionamiento de la posverdad fueron las elecciones a la presidencia estadounidense en 2016 y 2020, el referéndum del Bréxit en 2016 e incluso el referéndum en Colombia sobre la paz con las FARC en octubre de 2016. Verbigracia, a pesar de la nefasta gestión de la pandemia que la administración Trump llevó a cabo —convirtiendo a EE. UU. en el país más afectado por la COVID-19—, el expresidente norteamericano logró 74 millones de votos en las pasadas elecciones de noviembre de 2020, lo cual representa un incremento considerable del número de votos respecto a las elecciones que ganó en 2016. Ello muestra la eficacia de su equipo de comunicación durante la campaña, que logró, entre otras muchas cosas, convertir las elecciones en un plebiscito sobre la figura de Trump más que en una rendición de cuentas sobre la gestión de la pandemia. Incluso el parlamento británico ha elaborado un informe sobre las últimas elecciones estadounidenses en el que pone de manifiesto cómo, al final, el equipo de Trump consiguió atraer a millones de votantes al convertir las elecciones prácticamente en un referéndum sobre la figura de Donald Trump (Walker, 2021). El expresidente estadounidense, que ha empleado la mentira de manera profusa durante su mandato, ha logrado mantenerse incólume a pesar de que varios medios de comunicación muy prestigiosos han tratado de combatir semejante uso falsario del poder político. De hecho, tres de esos grandes medios de comunicación norteamericanos, *The Washington Post*, *The New York Times* y la revista *Time*, a pesar de haber demostrado negro sobre blanco en multitud de ocasiones las mentiras directas de Donald Trump, en lugar de haber conseguido una reprobación de este por lo que otrora se hubiera podido considerar una inmoralidad política, lo que han visto es cómo esta guerra en favor de la verdad ha provocado que pierdan credibilidad frente a muchos de sus lectores (Scherer, 2017).

Otro ejemplo paradigmático del fenómeno de la posverdad en su quintaesencia es el famoso cartel electoral empleado en el Reino Unido durante la campaña por el Brexit de 2016, que es recogido incluso en la página web de Wikipedia. En él se podía leer: «We send to the EU 50€ million every day. Let's spend it on our NHS instead» (el NHS es el Sistema Nacional de Salud británico). Ahora bien, este dato es completamente falso, el Reino Unido no enviaba 50 millones de libras cada día a Bruselas. A pesar de ello, el cartel se difundió por todo el Reino Unido jornadas antes de la votación (London School of Economics, 2016). La clave no está solo en el empleo de un dato falso, pero que podría encajar con lo que la población británica pensara sobre la Unión Europea, sino en el hecho de que, tras el referéndum, no hubo ningún líder político que fuera penalizado en las urnas a causa del

empleo de semejante material electoral espurio (Bermúdez Vázquez, 2021b, pp. 938-939). De hecho, uno de los principales adalides de ese cartel, el por entonces ministro de Asuntos Exteriores, Boris Johnson, es, hoy en día, primer ministro del Reino Unido, lo cual es una prueba evidente de que la población, en general, no penaliza el empleo de la mentira como herramienta política. En el caso concreto del cartel del Brexit del que estamos hablando, podemos ver que el mecanismo epistemológico que lo hizo funcionar coincide con uno de los viejos postulados de la propaganda. Este dice que la propaganda funciona mejor cuando se aprovecha de los prejuicios existentes en la población, y la población británica estaba dispuesta a creer que la Unión Europea le suponía un dispendio considerable, si bien esta cuestión no era real.

La posverdad, per se, ya es un problema, pero viene hermanada con otro concepto igualmente pernicioso. Si en el año 2016 el diccionario de Oxford le concedió al término *post-truth* el privilegio de ser considerada la palabra del año, la Fundación del Español Urgente (Fundéu) declaró la palabra *populismo* como palabra del año 2016 en español (Fundéu, 2016). Los motivos para hacerlo fueron diversos. Por una parte, se estaba produciendo un auténtico cambio semántico en el concepto de *populismo*. De ser un concepto neutro que hacía referencia a la tendencia política que pretendía atraerse a las clases populares, ha ido adquiriendo, paulatinamente, una pátina peyorativa y ha pasado a incluir, entre sus significados, el de «intento de atraerse emocional y vehementemente el favor popular ofreciendo soluciones simples a problemas complejos» (Fundéu, 2016; Bermúdez Vázquez, 2021b, p. 929). Pero es que, por otra parte, además, el término ha visto multiplicado su uso en redes sociales, en el ámbito académico y en las conversaciones cotidianas (Maroto Conde y Bermúdez Vázquez, 2019). Esta ha sido otra de las claves que llevó a la Fundéu a declarar la palabra *populismo* como palabra del año 2016: el aumento exponencial de su uso cotidiano. Cuando un término alcanza semejante difusión, suele responder a alguna cuestión que lo ha traído al candelero y, en este caso, pudo ser la situación política que arrastran varios países iberoamericanos en los últimos lustros.

Comencemos señalando lo obvio, los efectos que tanto la posverdad como el populismo pueden tener sobre las democracias contemporáneas son evidentes y, además, no da la impresión de que nuestras respectivas sociedades dispongan de los medios adecuados para afrontar semejantes desafíos. De hecho, el ámbito académico ya ha señalado oportunamente los peligros que esta situación entraña para el normal desenvolvimiento democrático (Rubio, 2018; Bermúdez Vázquez, 2021a; Bermúdez Vázquez 2021b). Pero es que, además, se supone que nuestros modelos políticos son herederos de la tradición liberal, entre otras. Según esta tradición, el ciudadano debe poder acceder a una información veraz para poder tomar las decisiones políticas que estime oportunas estando bien informado (Rodríguez, 2008, pp. 13-15; Bermúdez Vázquez, 2021b, p. 937). Lo contrario sería interferir en su capacidad de elección a través de la más burda manipulación (aunque también podríamos usar el adjetivo *sofisticado*: manipulación sofisticada). Haciendo un símil quizá un poco forzado, la moderna sociedad capitalista de consumo establece que un consumidor debe tener la información más precisa a la hora de adquirir un bien o un servicio. Una vez

asumida esa información veraz, el consumidor puede proceder a la elección del producto o del servicio en función de multitud de criterios: económicos, estéticos, de oportunidad, etc. Ahora bien, si esta información se falsea, el consumidor tiene derecho a reclamar a la entidad responsable del falseamiento de esa información y, con toda probabilidad, los tribunales, que defienden con tanto celo las relaciones de consumo, le otorgarían algún tipo de contraprestación o compensación. Esto no ocurre con los mecanismos que pone en marcha la posverdad, pues el ciudadano termina creyendo algo que no es verdad simplemente porque lo que se le ha mostrado ha sido tan hábilmente dispuesto que encaja con su perspectiva de la realidad, y el ciudadano pasa a convertirse en un creyente más que en un ser racional capaz de discernir entre hechos y opiniones.

La demagogia y el populismo parecen las caras de una misma moneda y nacieron al mismo tiempo que la propia democracia. Aristóteles ya advertía en su *Retórica* que una democracia debe poder ser capaz de expulsar a los demagogos, pues estos son particularmente perjudiciales para el funcionamiento de la polis (Aristóteles, 1999). No debe resultar sorprendente, por lo tanto, que el término *demagogia* aparezca por primera vez, pues, en una comedia de Aristófanes, *Los caballeros*, escrita en el año 424 a. C., ya en plena guerra del Peloponeso y habiendo muerto Pericles (Canfora, 1994, p. 9). La palabra *demagogia* no tenía el fuerte sentido peyorativo que fue adquiriendo más adelante, sobre todo de la mano de Aristóteles, quien terminó definiendo al demagogo como el adulador del pueblo (Pazé, 2013, p. 68; Aristóteles, 1988, pp. 350-352). Inicialmente, *demagogia* significaba lo que su sentido etimológico mostraba. Esta palabra estaba formada por un sustantivo, *demos*, que viene a significar ‘pueblo’, y luego un verbo, *ago*, que significaba ‘conducir’; de modo que el demagogo, tal y como pudo entenderlo Aristófanes, el acuñador del concepto, era ni más ni menos que el que pretendía conducir al pueblo, como el pastor que guía al rebaño haciendo uso de su cayado y de su perro.

La demagogia implica un trato de cierto desprecio por la ciudadanía. De la misma manera que el adulador pretende lograr alguna ventaja o conseguir algo a cambio de su halago, el demagogo trata al ciudadano como si fuera un menor de edad al que puede engañar y manipular. En cierto modo, la demagogia sitúa al ciudadano en un eje anterior a la famosa expresión ilustrada enarbolada por Immanuel Kant con el famoso *sapere aude!*, que invitaba a adoptar la mayoría de edad intelectual para poder tomar las decisiones por uno mismo sin necesidad de estar tutorizado por un ente o individuo superior.

Sea como fuere, el contubernio que representan estos tres conceptos (*posverdad*, *demagogia* y *populismo*) supone un desafío considerable para las sociedades contemporáneas porque las sitúa frente a la mayor debilidad del sistema: la asunción acrítica de posturas engañosas que la ciudadanía puede adoptar como propias, y así conducirla a la más burda manipulación. Ciudadanos de todo tipo se encontrarán apoyando electoralmente, o a través de sus hábitos de vida y consumo, posturas que son perniciosas para ellos mismos y sus sociedades. El panorama que se columbra no es nada halagüeño.



## 2.2. Noticias falsas y pensamiento crítico

A la descripción breve que hemos presentado anteriormente de la situación actual, hay que agregar dos elementos que se suman que pueden convertir nuestros sistemas actuales en auténticos eriales democráticos —un erial sería un terreno yermo del que nada se puede sacar—. Estos son: el auge de las noticias falsas y la carencia de elementos de pensamiento crítico en gran parte de los sistemas educativos de los países desarrollados.

Existen estudios bastantes relevantes que auguran que, para el año 2022, aproximadamente el 50 % de las noticias que circulen por Internet serán noticias falsas (AEPP, 2018; Estudio de Comunicación, 2018; Jané, 2017). Pero esto no queda aquí, la prestigiosa consultora estadounidense Gartner presentó un estudio, en el año 2018, en el que auguraban que, para el año 2022, los ciudadanos occidentales consumirían más noticias falsas que verdaderas (Gartner, 2018). Si a esta situación le agregamos que un porcentaje cada vez más elevado de los ciudadanos de países desarrollados se informan casi exclusivamente a través de Internet, llegamos a una conclusión bastante evidente: si la mayor parte de la ciudadanía busca su información a través de Internet e Internet va a estar llena de noticias falsas, la mayor parte de la población va a buscar informarse en una fuente ponzoñosa de falsedades y mentiras, lo que da como resultado una población engañada y desorientada sobre lo que realmente pueda estar ocurriendo o sobre la auténtica adecuación con la realidad.

Conviene resaltar que los intereses que puede haber detrás de las noticias falsas posiblemente son de lo más variopinto: desde injerencias de potencias extranjeras que persiguen intereses geopolíticos hasta la búsqueda de la ampliación del mercado de un producto, pasando por la creación de perfiles de influencia o la búsqueda de notoriedad. Sea como fuere, los resultados son potencialmente desastrosos, pues gran parte de la población carece de los elementos esenciales de pensamiento crítico tras años de políticas educativas más comprometidas con el discurso ideológico neoliberal que con el desarrollo completo del ciudadano. Así, ya desde hace un par de años, casi 9 de cada 10 personas no saben distinguir una noticia falsa de una verdadera (Galdámez Morales, 2019, p. 27), y este porcentaje no hace sino aumentar. Bien, es verdad que esta estadística demoledora no es solo fruto de la carencia de herramientas de pensamiento crítico en el grueso de la sociedad, sino también de la tremenda habilidad e ingenio con los que los sujetos y organismos vinculados con la creación de noticias falsas saben hacer su trabajo. Las noticias falsas son cada vez más sofisticadas y mejor elaboradas, lo que aumenta, de este modo, la dificultad para discernirlas de entre las noticias verdaderas. A esto podemos sumarle cuestiones especialmente aborrecibles, como la difusión de bulos, y teorías conspirativas, como el terraplanismo, los negacionistas del cambio climático o los colectivos antivacunas.

A propósito de estos últimos movimientos, resulta oportuno traer a colación una reflexión que nos suscita la frase con la que Arthur Koestler, el famoso historiador de origen húngaro, comienza una de sus obras más influyentes, *Los sonámbulos*. Dice así: «Podemos incrementar nuestro conocimiento, pero no disminuirlo». Creemos que Koestler lanzó

su afirmación, que puede parecer obvia, en el clima de optimismo y confianza en el progreso del conocimiento y la ciencia humanas. Sin embargo, aunque pueda parecer una *boutade*, el auge de movimientos que palmariamente niegan la evidencia empírica y el acuerdo científico no parece sino aumentar de tamaño e influencia. La mayoría de las teorías de la conspiración y bulos que se difunden por la red y en algunas discusiones cotidianas pueden parecer inocuas. No obstante, algunas son particularmente peligrosas para la propia pervivencia de la humanidad. Por ejemplo, los negacionistas del cambio climático, contra toda la evidencia científica (recordemos que, aproximadamente, un 97,5 % de todos los artículos científicos sobre el tema coincide en que se está produciendo un aumento de la temperatura media del planeta), afirman que no hay tal. Ello nos situaría en una posición muy peligrosa si semejante postura se extendiera entre mucha más gente, porque, si algo puede paliar en cierta medida las terribles amenazas que se ciernen sobre el horizonte de la humanidad a causa del cambio climático, es la educación y la información. Solo una acción concertada de toda la humanidad puede evitar la catástrofe, y este tipo de movimientos contribuyen a neutralizar numerosos esfuerzos llevados a cabo justo para tratar de evitar el cambio climático. Aquí podemos ver el efecto pernicioso que las noticias falsas pueden ejercer sobre un problema acuciante e importante.

Otra dimensión que puede servir para mostrar la enorme preocupación que las noticias falsas están provocando entre las instituciones es el aumento de los estudios llevados a cabo por la Unión Europea. Por ejemplo, la Comisión Europea lleva años publicando todo tipo de informes y estudios que ponen de manifiesto los riesgos que estamos corriendo al permitir, ya sea por acción u omisión, el auge de las noticias falsas. El objetivo fundamental de la Comisión Europea no es solo denunciar este problema, sino también tratar de ponerle solución mediante una mejora de los instrumentos disponibles en toda Europa para resistir frente a la ola implacable de noticias falsas que nos inunda cada día (Comisión Europea, 2018; Comisión Europea, 2019; Comisión Europea, 2020; Wardle y Derakhshan, 2017; Bermúdez Vázquez, 2021b).

Esta situación pone de manifiesto los problemas que implican las noticias falsas. En unas sociedades democráticas como las nuestras, la ciudadanía debe poder estar bien informada a la hora de tomar las decisiones políticas, económicas, fiscales, laborales, etcétera. Cuando la realidad es presentada de una forma tan distorsionada que puede provocar el engaño en muchas personas, vemos que todo el sistema corre el riesgo de tambalearse. Todos los organismos responsables deben tomar partido al respecto y combatir activamente la amenaza que el auge de la difusión de las mentiras, otra forma de llamar a las noticias falsas, está viviendo. En el informe del Consejo de Europa que mencionamos entre las referencias del presente artículo, se habla de «desorden informativo», y esa expresión parece más bien un eufemismo más que una forma de adaptar el mensaje a la realidad actual (Wardle y Derakhshan, 2017).

Las estadísticas son demoledoras: el 60 % de la población en España solo se informa a través de internet; en Portugal, un 66 %; un 74 % en Grecia, y en Estados Unidos, un 68 %. Si esta estadística se fijara solo en la parte de la población en la franja de menor edad



(por debajo de los 30 años), este porcentaje se dispara (Eurostat, 2020; Shearer y Matsa, 2018). Una estadística del Instituto Reuters del año 2019 para España sostiene que el 26 % de la población general de este país solo se informa a través de YouTube; en el caso de la Argentina, el 44 % de la población general se informa mayormente a través de las redes sociales (Reuters Institute, 2019; Centro de Medios y Sociedad de la Universidad de San Andrés, 2019).

El caso de la plataforma de vídeos YouTube es particularmente peligroso. El propósito principal de su funcionamiento es mantener a la gente atenta a los vídeos que ofrecen, por lo tanto, cuestiones como la veracidad, la responsabilidad o la ética parecen quedar fuera de sus intereses. Como hemos dicho, el propósito de YouTube es que las personas permanezcan el mayor tiempo posible reproduciendo sus vídeos. Para ello utilizan una estrategia perversa. Cuando alguien realiza una búsqueda en esa plataforma de vídeos, los primeros que se ofrecen son aquellos más serios que responden a la evidencia científica que exista sobre la problemática planteada, pero, en las sugerencias que aparezcan tras la vista del primer vídeo, ya surgirán propuestas más descabelladas, de modo que, con solo seguir una de esas sugerencias dos veces más, ya nos encontraremos con los contenidos más extremos y radicales, carentes de todo apoyo empírico, contenidos que contribuyen a la polarización y al enfrentamiento (Bermúdez Vázquez, 2021a, p. 60; Pérez Colomé y Salas, 2019). Cualquiera de nosotros puede hacer la prueba ahora mismo con contenidos tan sensibles actualmente, como las vacunas, el cambio climático o el terraplanismo, motivos todos que suscitan las más descabelladas teorías de la conspiración, como ya hemos indicado.

Como podemos inferir a partir de los hechos particulares aquí presentados, esta demolición que está sufriendo el concepto de verdad es muy grave para la convivencia democrática y la propia legitimación de sus instituciones (Galdámez Morales, 2019, pp. 28-31; Rubio, 2018). Como estamos tratando de enfatizar en estas páginas, esa es una de las conclusiones principales a las que tratamos de arribar siguiendo un riguroso ejercicio analítico de la realidad contemporánea. Los datos y el razonamiento empleados están aquí para acceso de todo el mundo.

Resulta obvio que las noticias falsas no son un fenómeno exclusivamente actual. Noticias falsas ha habido prácticamente a lo largo de toda la historia. Sin embargo, el auge apabullante de los últimos años puede tener su origen en la furibunda persecución de la atención de los internautas. No obstante, hay una diferencia nada sutil entre la búsqueda del clic del internauta mediante la redacción de titulares sensacionalistas, originada en los años noventa del siglo pasado, y la deliberada creación y difusión de noticias falsas destinadas a engañar al lector (McIntyre, 2020, p. 120; Bermúdez Vázquez, 2021b, p. 935).

La responsabilidad está, por una parte, en los propios medios de comunicación que, en una coyuntura particularmente difícil desde el punto de vista financiero, carecen de los medios para llevar a cabo la labor de verificación necesaria que su oficio exige (Badillo, 2019, p. 18). Pero, por otra parte, los propios ciudadanos tenemos una obligación, siquiera para intentar sostener nuestras democracias, de consultar con cierta actitud crítica las

noticias de los medios, aplicar nociones elementales de contrastación y verificación de las noticias que nos puedan resultar más sospechosas, en resumen, tratar de emplear los mecanismos de pensamiento crítico básicos para intentar evitar que nos engañen.

Tal vez estemos cometiendo una injusticia señalando la propia responsabilidad ciudadana a la hora de mantenerse informados. Sobre todo, si tenemos en cuenta que los elementos fundamentales que configuran el pensamiento crítico están siendo sometidos a una paulatina disminución en todos los niveles del sistema educativo. Este fenómeno no es exclusivo de España o de la Argentina, sino que está presente en numerosos países de todo el mundo, fruto, quizá, de una política educativa excesivamente orientada hacia postulados neoliberales que contemplan los contenidos de corte humanístico o filosófico como poco importantes para el fomento de las salidas profesionales de los egresados. Sin embargo, esta postura de salida es un grave error, porque cada vez son más las voces críticas que anuncian que, sin las humanidades, la propia democracia correría un grave riesgo (Nussbaum, 2010; Ordine, 2018; Eagleton, 2010; García Gual, 2017; Ospina, 2015). Resulta que los contenidos de las disciplinas humanísticas son importantes para el propio desarrollo vital de los ciudadanos. Por ejemplo, cuando se pregunta para qué sirve la filosofía, en el fondo lo que no se cuestiona es la propia pregunta, que plantea un elemento corrosivo para el funcionamiento social como es el principio de utilidad. Según el principio de utilidad, algo vale solo en función de la utilidad que pueda desempeñar, de modo que por sí mismo no vale nada. Es como un paraguas, si no lloviera no existiría. Sin embargo, debe haber elementos que no se supediten a esta cuestión, porque son elementos que tienen valor por sí mismo. ¿Para qué sirve la 5.ª sinfonía? ¿O la *Gioconda*? ¿Para qué sirve el amor? Ninguna de estas cuestiones tiene que servir para nada, ya que son valiosas per se. En el fondo, aquel que pregunta para qué sirve la filosofía es como si preguntara para qué sirve el ser humano. La respuesta debe ser tajante. El ser humano no sirve para nada, pero ello no es ningún desdoro. El ser humano existe por sí mismo y para sí mismo, sin ulteriores explicaciones. De ahí que sea importante saber detectar el problema, que está en la pregunta en sí, no en la respuesta (Carpio, 2004, pp. 13-18). Por eso, consideramos que es necesario combatir estas tesis neoliberales que devalúan al individuo y lo cosifican. Son estos elementos los que están perjudicando en gran medida la presencia de instrumentos de pensamiento crítico en los respectivos sistemas educativos.

Michael Sandel presenta en su libro *Lo que el dinero no puede comprar* una larga lista de ejemplos en los que los mecanismos perversos de mercado se han ido inoculando en parcelas del sistema de las que deberían estar ausentes, por ejemplo, la educación, la familia, el cuerpo, la propia vida, etcétera (Sandel, 2019). Estos mecanismos son los que colaboran en el actual diseño curricular que luego sufren nuestros escolares. La principal preocupación educativa pasa a ser la cuestión profesional, obviando en el camino otros elementos de capital importancia para la convivencia social y el sostenimiento democrático, como son el fomento de la cultura y la ciencia. El propio José Ortega y Gasset lo advirtió en 1930, cuando, en su librito *Misión de la universidad*, ya puso de manifiesto que esos debían ser los tres objetivos de la educación superior: la cultural, la ciencia y la profesión. Lo que

ha venido ocurriendo desde inicios del siglo xx, denunciado por autores tan variopintos como Santayana y Ortega (Santayana, 2002; Ortega y Gasset, 2015), es que la misión profesional ha deglutido a las otras dos y se ha convertido en la rama dominante en todos los niveles educativos, dejando por el camino contenidos fundamentales para el desarrollo humano como son el pensamiento crítico, la filosofía y las disciplinas humanísticas, que son, precisamente, las que más y mejor contribuyen al crecimiento personal de los individuos. Es habitual sentirse desubicado sin haber disfrutado de estos contenidos en el currículum educativo (Bermúdez Vázquez, 2016, pp. 237-241).

Por lo tanto, y para cerrar el razonamiento, quizá sería algo injusto culpar al ciudadano medio de cierta pereza a la hora de aplicar los conocimientos elementales de pensamiento crítico si el sistema educativo no se ha preocupado por procurárselo. Entonces, ¿quién es el responsable del actual panorama en el que la demagogia, el populismo, la posverdad y las noticias falsas campan a sus anchas sin aparente oposición? Pues quizá la respuesta resulte evidente tras la lectura de esas páginas.

### 3. Conclusión

En las páginas previas, hemos presentado un análisis preocupante de la realidad actual de muchos países. Al menos, tal y como nos parece. Hemos presentado ejemplos variopintos y pruebas sólidas que contribuyen a hacer más fácil la descripción de los términos estudiados. No se equivoque el lector, no es un problema baladí. La amenaza que se cierne sobre el horizonte ya está mostrando atisbos en muchos lugares y causas. Por ejemplo, la paulatina polarización política, la falta de argumentos racionales en las campañas electorales, mediáticas, de simples productos de consumo, todo apunta a un proceso de pérdida de valor de lo racional. La manipulación del público se está convirtiendo en un tema de interés especial para politólogos y gestores de *marketing*. El proceso por el cual una parte cada vez más importante de la sociedad se siente alienada del proceso político o el desapego por las estructuras democráticas no auguran nada bueno. La sociedad se enfrenta, parca en ropajes, a un vendaval inusitado que desconocemos hacia dónde nos llevará. No olvidemos que la humanidad ya tiene experiencia en situaciones análogas, y no dieron lugar a nada bueno.

El objetivo de este artículo es dúplice. Por una parte, la universidad tiene una obligación para con la sociedad en la que está inserta. Los profesores universitarios no pueden quedarse en su proverbial torre de marfil en un momento semejante, cuando más necesarios son. Esa obligación universitaria consiste en saber ser una espectadora crítica, y, como tal, este tipo de resultados de investigación deben ver la luz y difundirse para advertir del problema. Por otra parte, el segundo objetivo es hacer nuestra la vieja frase atribuida a Sigmund Freud, que decía: «La toma de conciencia de un problema te emancipa del mismo». Pues justamente ese es el propósito. ¿Qué significa emanciparse respecto del problema? ¿Significa que lo soluciona? No, en absoluto. Emanciparse del

problema permite volverse autónomo para tratar de resolverlo, no depender del problema mismo. Emanciparse del problema permite dar el primer paso de toma de conciencia para, luego, tratar de resolverlo.

Alguno de los pasos que convendría tomar en un futuro próximo sería una reivindicación del concepto de verdad. No hay sociedad que pueda funcionar sin él. La verdad no puede regatearse y, en muchas ocasiones, tampoco puede simplificarse.

No podemos permitirnos ser una sociedad que no penaliza el uso de la mentira como herramienta, sea del tipo que sea. Y mentiras hay y muchas. La posverdad y las noticias falsas han situado nuestras sociedades en una posición de gran fragilidad. Me viene a la memoria el formidable ejercicio de demagogia que Alcibiades puso en práctica en Atenas durante la guerra del Peloponeso: logró convencer a sus conciudadanos para aprestar una expedición militar gigantesca, condenada al fracaso y que, en último término, supuso una de las derrotas que condujeron a la ciudad a la terrible derrota frente a Esparta. Alcibiades se aprovechó del momento de debilidad de los atenienses. Lo hizo en provecho propio y en perjuicio de todos los demás. No hay que ahorrar esfuerzos para sostener nuestros sistemas de convivencia, tolerancia y democracia. Quizá convendría comenzar por cambios educativos que dieran más versatilidad a los futuros ciudadanos, que les permitieran ser más críticos, más activos, más artísticos, más filosóficos en el pleno sentido del término. Nadie ha dicho que vaya a ser un camino de rosas, pero, aunque sea sendero áspero, hay que transitarlo. La alternativa es el desastre.

## Bibliografía

Aristóteles (1988). *Política*. Madrid: Gredos.

Aristóteles (1999). *Retórica*. Madrid: Gredos.

Asociación Española de Editoriales de Publicaciones Periódicas (AEPP) (2018): Los expertos vaticinan que más de la mitad de las noticias que circulen en el 2022 serán falsas. Recuperado de: <https://www.aepp.com/noticia/2917/los-expertos-vaticinan-que-la-mitad-de-las-noticias-que-circulen-el-2022-seran-falsas.html> (consultado el 19 de abril de 2021).

Badillo, A. (2019). La sociedad de la desinformación: propaganda, «fake news» y la nueva geopolítica de la información [documento de trabajo 8/2019]. Elcano. Recuperado de: [http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano\\_es/contenido?WCM\\_GLOBAL\\_CONTEXT=/elcano/elcano\\_es/zonas\\_es/lengua+y+cultura/dt8-2019-badillo-sociedad-de-desinformacion-propaganda-fake-news-y-nueva-geopolitica-de-informacion](http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/lengua+y+cultura/dt8-2019-badillo-sociedad-de-desinformacion-propaganda-fake-news-y-nueva-geopolitica-de-informacion) (consultado el 25 de marzo de 2021).

Bermúdez Vázquez, M. (2016). El valor y la necesidad de la filosofía en el siglo XXI. En *La educación sí importa en el siglo xxi*, 237-246. Madrid: Síntesis.

Bermúdez Vázquez, M. (2019). Análisis del concepto «posverdad» desde la óptica de la retórica clásica. *Diálogo filosófico* (105), 341-352.

- Bermúdez Vázquez, M. (2021a). Análisis de los mecanismos posverdaderos. En *Medios y comunicación en tiempos de posverdad*. Madrid: Fragua.
- Bermúdez Vázquez, M. (2021b). Esquemas perversos de comunicación: posverdad y noticias falsas. En Manuel Bermúdez (coordinador). *Luces en el camino: Filosofía y Ciencias Sociales en tiempos de desconcierto*, 925-949. Madrid: Dykinson.
- Bermúdez Vázquez, M. y Casares Landauro, E. (2019). El problema de la posverdad en la sociedad contemporánea. En Manuel Bermúdez y Lucía Ballesteros (eds.). *Comunicación digital: retos y oportunidades*, 55-68. Sevilla: Egregius.
- Camus, Albert (2018). *Sísifo*, Madrid: Alianza.
- Canfora, L. (1994). *Demagogia*. Palermo: Selerio.
- Carpio, A. P. (2004). *Principios de filosofía*. Buenos Aires: Glauco.
- Centros de Medios y Sociedad de la Universidad de San Andrés (MESO) (2019). *Especial Consumo de Información*. Recuperado de: <http://meso.com.ar/es/espop-especial-consumo-de-informacion/> (consultado el 26 de abril de 2021).
- Comisión Europea (marzo de 2018). *A multi-dimensional approach to disinformation. Report of the independent High level Group on fake news and online disinformation*. Directorate-General for Communication Networks, Content and Technology. Recuperado de: <https://digital-strategy.ec.europa.eu/en/library/final-report-high-level-expert-group-fake-news-and-online-disinformation> (consultado el 13 de abril de 2021).
- Comisión Europea (5 de noviembre de 2019). Unión Europea vs Desinformación. Recuperado de: [https://ec.europa.eu/spain/news/20191105\\_eu-vs-disinformation\\_es](https://ec.europa.eu/spain/news/20191105_eu-vs-disinformation_es) (consultado el 13 de abril de 2021).
- Comisión Europea (agosto de 2020). Lucha contra la desinformación. Recuperado de: [https://ec.europa.eu/info/live-work-travel-eu/coronavirus-response/fighting-disinformation\\_es](https://ec.europa.eu/info/live-work-travel-eu/coronavirus-response/fighting-disinformation_es) (consultado el 13 de abril de 2021).
- Eagleton, T. (2010). *On Evil*. Yale University Press.
- Estudio de Comunicación (2018). *Influencia de las noticias falsas en la opinión pública*. Recuperado de: [https://www.servimedia.es/sites/default/files/documentos/informe\\_sobre\\_fake\\_news.pdf](https://www.servimedia.es/sites/default/files/documentos/informe_sobre_fake_news.pdf) (consultado el 13 de abril de 2021).
- Eurostat, Statistics Explained (19 de octubre de 2020). Estadísticas sobre sociedad y economía digital – Hogares y particulares. Recuperado de: [https://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php?title=Digital\\_economy\\_and\\_society\\_statistics\\_-\\_households\\_and\\_individuals/es](https://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php?title=Digital_economy_and_society_statistics_-_households_and_individuals/es) (consultado el 10 de abril de 2021).
- Fundéu. (2016). ¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo?, Recuperado de: <https://www.fundeu.es/noticia/de-que-hablamos-cuando-hablamos-de-populismo/>
- Galdámez Morales, A. (2019). Posverdad y crisis de legitimidad. En *Revista Española de la Transparencia*, 8, 25-44.

- García Gual, C. (2017). *La luz de los lejanos faros*. Barcelona: Ariel.
- Gartner (2018). *Gartner Top Strategic Predictions for 2018 and Beyond*. Recuperado de: <https://www.gartner.com/smarterwithgartner/gartner-top-strategic-predictions-for-2018-and-beyond/> (consultado el 13 de abril de 2021).
- Jané, C. (2017). La mitad de las noticias falsas que circulen en el 2022 serán falsas. En *El Periódico*. Recuperado de: <https://www.elperiodico.com/es/sociedad/20171108/la-mitad-de-noticias-que-circulen-en-el-2022-seran-falsas-6411174> (consultado el 13 de abril de 2021).
- Kingsley, P. (2014). *En los oscuros lugares del saber*, Gerona: Atalanta.
- London School of Economics (2016). *We send the EU £350 million a week – let's fund our NHS instead*, The Brexit Collection. Recuperado de: <https://digital.library.lse.ac.uk/objects/lse:pen598xoz> (consultado el 19 de abril de 2021).
- McIntyre, L. (2020). *Posverdad*. Madrid: Cátedra.
- Mínguez, F. (2010). *Galileo Galilei*. Zaragoza: Edelvives.
- Maroto Conde, A. y Bermúdez Vázquez, M. (2019). MBLA Social Corpus – Multipurpose Multidimensional Corpus on Cyber-Language. En Pastor G. y Mitkov R. (eds.). *Computational and Corpus-Based Phraseology: Third International Conference, Europhras 2019*. Cham: Springer.
- Nussbaum, M. (2010). *Not for profit*. Princeton: Princeton University Press.
- Ordine, N. (2018). *La utilidad de lo inútil*. Barcelona: Acantilado.
- Ortega y Gasset, J. (2015). *Misión de la universidad*. Madrid: Cátedra.
- Ospina, W. (2015). *La lámpara maravillosa*. Bogotá: Penguin Random House.
- Palomo, M. (2021). How disinformation kills: philosophical challenges in the post-Covid society. En *History and Philosophy of the Life Sciences*, 43, 51. DOI <https://doi.org/10.1007/s40656-021-00408-4>
- Pazé, V. (2013). La demagogia, ieri e oggi. *Meridiana*, 77, 67-81.
- Pérez Colomé, J. y Salas J. (4 de julio de 2019). Así caemos por la espiral tóxica de YouTube. En *El País*. Recuperado de: [https://elpais.com/tecnologia/2019/06/28/actualidad/1561716358\\_873128.html](https://elpais.com/tecnologia/2019/06/28/actualidad/1561716358_873128.html) (consultado el 26 de abril de 2021).
- RAE (2021). *Diccionario de la lengua española*. Término «posverdad». Recuperado de: <https://dle.rae.es/posverdad> (consultado el 15 de abril de 2021).
- Reuters Institute (2019). *Digital News Report 2019*. Recuperado de: <http://www.digitalnewsreport.org/survey/2019/spain-2019/> (consultado el 26 de abril de 2021).
- Rodríguez, R. (2008). La tradición liberal. En Fernando Quesada (ed.). *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la filosofía política*, pp. 7-30. Madrid: Trotta.
- Rubio, R. (2018). Los efectos de la posverdad en la democracia. En *Revista de Derecho Político*, UNED, (103), 191-228.



- Sandel, M. (2019). *Lo que el dinero no puede comprar*. Madrid: Debate.
- Santayana, G. (2002). *Personas y lugares*. Madrid: Trotta.
- Scherer, M. (3 de abril de 2017). Is truth dead? *Time*, 189(12). Recuperado de: <https://time.com/magazine/us/4710599/april-3rd-2017-vol-189-no-12-u-s/> (consultado el 13 de abril de 2021).
- Shearer, E. y Mutsaers, K. E. (10 de septiembre de 2018). News Use Across Social Media Platforms 2018. Pew Research Center. Recuperado de: <https://www.journalism.org/2018/09/10/news-use-across-social-media-platforms-2018/> (consultado el 10 de abril de 2021).
- Walker, W. (19 de enero de 2021). *United States of America: 2020 presidential election*. House of Commons Library. Recuperado de: <https://commonslibrary.parliament.uk/research-briefings/cbp-9115/> (consultado el 19 de abril de 2021).
- Wardle, C. & Derakhshan, H. (27 de septiembre de 2017). *Information Disorder: Toward an interdisciplinary framework for research and policy making*. Consejo de Europa. Recuperado de: <https://rm.coe.int/information-disorder-toward-an-interdisciplinary-framework-for-research/168076277c> (consultado el 13 de abril de 2021).